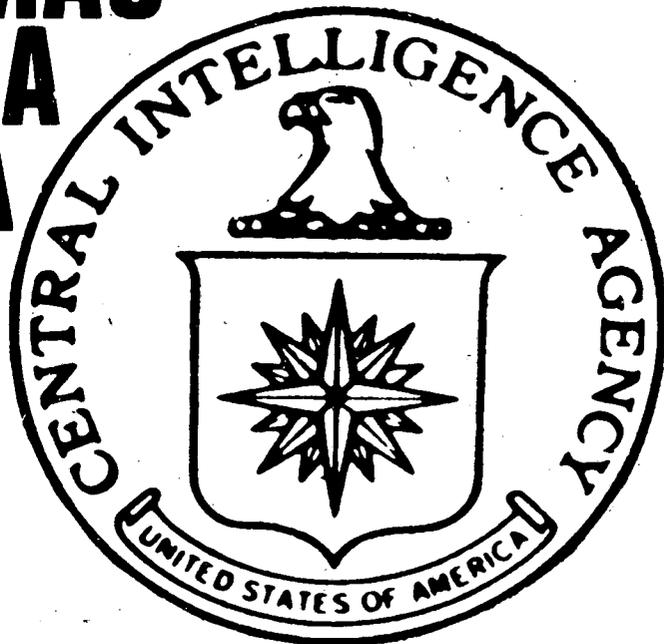


LOS MISIONEROS AMERICANOS VICTIMAS DE LA CIA



Cerca de 12.000 misioneros protestantes y católicos norteamericanos trabajan en Latinoamérica. Las declaraciones públicas hechas en junio de 1974 por el Presidente Ford y por el Secretario de Estado, Kissinger, reconociendo que la CIA había trabajado en Chile por el derrocamiento del gobierno de Allende, y juzgando que este tipo de actividades es normal por parte de ese organismo, han tenido profundas repercusiones en los misioneros americanos.

"Es una de las más graves amenazas que yo haya conocido contra la expansión misionera. Todo misionero americano está bajo sospecha. Desde ahora se han puesto las bases para la expulsión masiva, por lo menos ahí donde haya controles estrictos para la entrada y para la actividad de los misioneros, como fue el caso en China, la India, Ceilán y otras partes en Asia, y como en Africa después de la segunda guerra mundial".

Esta fue la reacción del Rev. William Wipfler ante las confirmaciones oficiales sobre las intervenciones clandestinas de la CIA en los asuntos internos de algunas naciones amigas latinoamericanas. Intervenciones que ha aprobado el Presidente Ford y aun asegurado que continuarían. Sacerdote episcopaliano y misionero en América Latina desde hace muchos años, el Rev. Wipfler encabeza el Grupo de Trabajo latinoamericano del Consejo Nacional de las Iglesias de Cristo en los EE.UU.

Recuérdese que fue el Director de la CIA, William Colby, quien, en abril de 1974, dio, ante el Congreso de los EE.UU., informaciones precisas sobre las actividades de la CIA, que se hicieron públicas algunos meses más tarde. Se trataba de los fondos usados secretamente por la CIA para "comprar" miembros del Parlamento chileno y para financiar "sucias trampas" (dirty tricks) puestas con el fin de sabotear la economía chilena y de precipitar una intervención militar contra el presidente de ese país, elegido democráticamente.

A esas revelaciones oficiales siguió toda una serie de pruebas que demostraban que la CIA había llevado a cabo actividades ilegales parecidas en otros países de América Latina y en otras partes. Esto tuvo repercusiones aun en la India, donde el embajador de los EE.UU. comunicó al gobierno de Washington que la Primer Ministro, Indira Gandhi, veía así confirmadas sus "peores sospechas" sobre la intención de los Estados Unidos, de derrocarla.

Colby tuvo que testificar posteriormente que las actividades de la CIA en Chile habían sido previamente aprobadas no solamente por el consejero del Presidente de los EE. UU., Henry Kissinger, sino por el mismo Presidente, Richard Nixon. Ese testimonio contradecía formalmente declaraciones anteriores, hechas bajo juramento, de Kissinger y de otros altos funcionarios americanos. Sin embargo, en esa primera conferencia de prensa televisada, el Presidente Ford no dudó —hecho sin precedente en la historia de ese país— en confirmar que los EE.UU. habían violado la ley internacional y que estaban decididos a seguir haciéndolo.

LAS ACTIVIDADES DE LA CIA COMPROMETEN LA ACCION DE LOS MISIONEROS.

Thomas Quigley, asistente del director del Departamento para la América Latina, de la Conferencia católica americana,



Colby, hasta el mes pasado Director de la CIA

participa de la opinión del Rev. Wipfler. "Es necesario —dice— que todas las grandes congregaciones religiosas y las oficinas de las misiones inicien un esfuerzo conjugado para hacer frente unidos y en forma seria a ese problema".

Así piensa también James Nelson Goodsell, del Christian Science Monitor, indudablemente el periodista norteamericano mejor informado acerca de los problemas latinoamericanos. A las preguntas que le hice, respondió: "Estoy de acuerdo con Ud. acerca de las dificultades crecientes que van a tener que afrontar los misioneros americanos en Latinoamérica, a la luz de las revelaciones recientes sobre las actividades de la CIA en Chile. Las noticias que recibo recientemente de América Latina sobre el papel de los EE.UU. y el comportamiento personal de ciudadanos americanos en América Latina, son particularmente sombríos".

Debo precisar a renglón seguido que Wipfler, Quigley y Goodsell no cuestionan toda la política de los EE.UU. con relación a la América Latina, ni aun la presencia de la CIA, en cuanto organización encargada de reunir las informaciones necesarias a la protección de los intereses vitales de los EE.UU. Lo que les preocupa son los daños que pueden causar al esfuerzo misionero americano en Latinoamérica las revelaciones sobre el hecho de que la CIA esté comprometida en actividades condenadas por la Ley internacional y por el art. 6 de la Constitución de los EE.UU.; y el hecho de que ese organismo de espionaje ha actuado con la aprobación de, por lo menos, dos presidentes de los EE.UU., y de que se prepara a seguir esas actividades ilegales en América Latina, con la aprobación del presidente Ford.

COMO RELLENAR EL FOSO QUE SEPARA.

La amenaza que gravita sobre el esfuerzo misionero en Latinoamérica se acrecienta en tanto que en ese continente se sospecha ya un poco en todos lados de que la CIA ha utilizado a misioneros para sus fines y aún de que ha convertido en agentes a algunos de ellos. La naturaleza de las operaciones secretas de ese organismo ciertamente impide establecer con verdad la

importancia de una infiltración de ese tipo; sin embargo, los misioneros que han emitido los juicios apuntados anteriormente están convencidos de que es una realidad.

No obstante, el verdadero problema no está en saber si eso verdaderamente se ha producido y hasta qué grado, sino que el resultado de todo esto es la pérdida de credibilidad que ha sufrido el misionero norteamericano. Ciudadano orgulloso de la reputación de su patria como nación respetuosa de la ley, se había identificado a su país y a su política. Ahora ha perdido su seguridad moral. Se ha excavado un nuevo foso que lo separa de su pueblo, al que trata de servir al precio de sacrificios diarios. Si no quiere que su trabajo se vea comprometido, deberá tomar medidas para rellenar ese foso.

LA ACTITUD DE LOS MISIONEROS

Numerosos grupos de misioneros han comenzado a actuar en ese sentido, por medio de declaraciones públicas, donde expresan la profundidad de su inquietud y la unanimidad de sus conclusiones. En una Carta Abierta al presidente Ford, en oct. de 1974, dieciséis responsables de agencias misioneras católicas y protestantes han dado a conocer lo que piensan acerca del papel de la CIA: "...sucesos, dicen, absolutamente incompatibles con los ideales que nosotros defendemos como americanos y como cristianos..." (Cfr. SIC, No. 372, Febrero 1975). Y declaran "inmoral" la aprobación del Presidente Ford.

Entre los firmantes de esta Carta Abierta figuran dirigentes de actividades sociales de la Compañía de Jesús (Jesuitas), Padres de Maryknoll, Hermanas de Maryknoll, Padres Colombianos, Ministros de la Iglesia Metodista Unida, del Departamento Misionero de la Iglesia Luterana en América, de la Iglesia Presbiteriana Unida, de las Iglesias Presbiterianas de los EE.UU. (o sea, del sur del país), y de los Discípulos de Cristo.

"Contrariamente a lo que Ud. ha querido hacernos creer, —escriben ellos al Presidente Ford— las intrigas secretas de la CIA en el Tercer Mundo frecuentemente sostienen gobiernos no democráticos que pisotean los derechos de sus propios pueblos. Nosotros, misioneros, hemos sentido directamente los efectos de esas intervenciones que, ciertamente, no sirven al 'mejor interés' de la mayoría de los ciudadanos de esos países (...). Y tampoco es verdad que esas intrigas, proscritas por la ley internacional y por el artículo 6 de nuestra Constitución, sirven a 'nuestro mejor interés', como Ud lo ha afirmado. Esos métodos gangsteriles (sic) socavan el orden internacional y suscitan con creces el odio hacia los EE.UU."

Numerosos grupos han hecho igualmente declaraciones en forma particular. Así, la Oficina ejecutiva de las Hermanas Dominicanas de Sparkhill (New York) escribió al Presidente Ford que las acciones de la CIA y el apoyo que él les brinda "ridiculizan los procesos democráticos que nosotros consideramos con tanto orgullo como herencia nuestra". Y las Hermanas añaden: "Nuestras convicciones nos obligan a alinearnos al lado de los pobres y de los oprimidos, que son las verdaderas víctimas de ese escándalo internacional".

La Oficina central directora de las Hermanas de Maryknoll por su parte, preguntó al presidente Ford si los EE.UU. verdaderamente "escogieron establecer relaciones de intimidación, de confusión y de muerte, con el resto del mundo". Igualmente, el Consejo general de los Padres de Maryknoll ha subrayado que las declaraciones del presidente de los EE.UU. y las del secretario de Estado, Kissinger, violaron a la vez los principios democráticos y los principios cristianos:

"Considerados los problemas morales fundamentales (implicados en este asunto) y nuestro compromiso en tantos países extranjeros, juzgamos necesario que nuestra Sociedad (misionera) se desolidarice de esas declaraciones."

LOS PROTESTANTES RECLAMAN UNA ENCUESTA

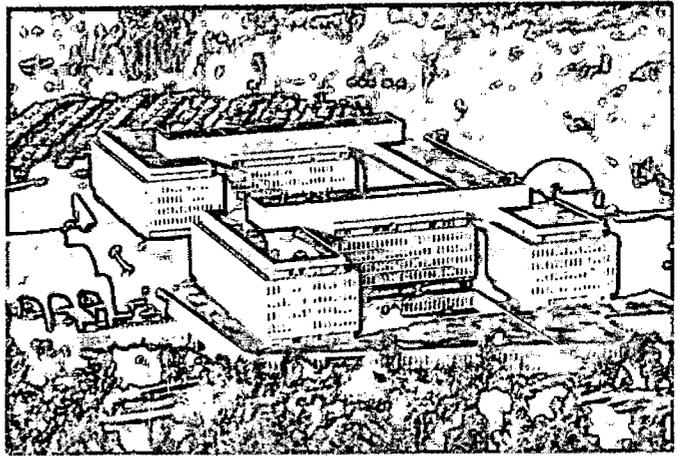
Por parte de las misiones protestantes, se registra esta respuesta típica: en una resolución, la Oficina central de la Iglesia de los Hermanos conjura al presidente y al Congreso americano que ordene a la CIA: "que evite toda acción que viole la Carta de las Naciones Unidas, menosprecie leyes y tratados internacionales o quebrante los derechos de las naciones y de los pueblos a dirigir sus propios asuntos".

Esta misma resolución pide que el Congreso americano informe al país sobre el tipo de actividades que realiza la CIA, reclama una encuesta acerca de "todas sus operaciones secretas en el Tercer Mundo", y ordena al personal de la Oficina misionera, especialmente el que se encuentra en los países del Tercer Mundo, que eviten toda relación con la CIA. En fin, la Oficina de la misión internacional de la Iglesia luterana en los EE.UU. ha declarado: las intrigas incriminadas de la CIA "comprometen nuestro testimonio evangélico y la credibilidad de nuestros programas ecuménicos".

Pero, en la esquizofrenia que padece, la gran prensa de los EE.UU. debía ignorar esos desafíos lanzados a la política del gobierno americano desde el extranjero y consagrar sus grandes artículos de información únicamente a las revelaciones sobre las actividades ilegales de la CIA en el propio país. Y, sin embargo, los misioneros protestantes americanos que trabajan en el extranjero son unos 35.000, de los cuales, 9.600 lo hacen en Latinoamérica; y los misioneros católicos son 7.400, de los que 2.225 trabajan en América Latina.

Tomando en cuenta su número, las relaciones personales que ellos realizan en los países a los que sirven y el medio en el que trabajan, esos misioneros constituyen ciertamente uno de los canales más importantes, a través de los cuales se asegura una presencia de los EE.UU. en el mundo. Visto esto, se pregunta uno según cual definición de la profesión de información es posible ignorar que los voceros de esos misioneros protestantes y católicos repudian un aspecto tan importante de la política exterior de los EE.UU. Verdaderamente nada parecido había ocurrido jamás, a lo largo de toda la historia americana, respecto a las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Sin embargo, la prensa religiosa ha dado testimonio de una mejor comprensión de los problemas que suscita todo este asunto. Artículos distribuidos por las agencias National Catholic News Service y Religious News Service han sido profusamen-



Cuartel general de la CIA en Langley

te reproducidos en los periódicos. Por su parte, la revista jesuita América decía en su editorial: "El misionero americano (...) se considera, a justo título, traicionado por intrigas (...) que engendran la sospecha a la vista de su país y de sus ciudadanos. Los misioneros (...) están en su derecho al exigir que sus esfuerzos no sean saboteados por su propio gobierno".

New World Outlook, publicación de las Iglesias metodista unida y presbiteriana unida, declaraba, por su parte, que no se podía "defender la democracia destruyéndola". Mientras que los ciudadanos americanos se contenten con levantar los hombros y se enternezcan sólo con el aspecto "palpitante" de las historias de espionaje para desembarazarse de la "ropa sucia" y dejarla en manos de los políticos -añadía esta revista-, tendrán las manos manchadas de sangre, "porque es su dinero y su gobierno quienes financian regímenes criminales".

REACCIONES VIOLENTAS EN AMERICA LATINA

Las reacciones de la prensa de fuera de los EE.UU. y particularmente en Latinoamérica han sido violentas. En Costa Rica, la revista Pueblo (de tendencia izquierdista), que publica el Padre Xavier Solís, bajo la pluma de Enrique López Oliva, acusó a la CIA de desarrollar más sus esfuerzos para infiltrarse en las organizaciones de la Iglesia en América Latina e influenciar sus visiones.

"La CIA entra en la Iglesia, pero no para orar". Molesta por los numerosos católicos y protestantes de América Latina que reclaman un cambio radical del sistema económico y social vigente en sus países, la CIA, afirma Pueblo, ha construido toda una estrategia para desacreditar a los sacerdotes "progresistas", fomentar la rivalidad entre grupos religiosos, sembrar la desconfianza y apoyar a los elementos de extrema derecha.

Y López Oliva declara ver en el jesuita belga Roger Vekemans una figura clave para ese programa. La historia de este jesuita es contada en detalle por David Mutchler en su libro "La Iglesia como factor político en América Latina", publicado por Prager en 1971 (Posteriormente, Prager admitió que la CIA había financiado algunos libros editados por esta editorial, pero es poco probable que éste de Mutchler haya obtenido este favor).

Ex-novicio jesuita, Mutchler tuvo acceso a numerosos documentos eclesiásticos confidenciales a lo largo de su investigación en México, Colombia, Chile, Argentina, Uruguay, Brasil y Venezuela. Describe cómo el P. Vekemans fue enviado a Chile en 1957 por el Preósito General de la Compañía de Jesús, el P. Janssens, en respuesta a la petición de los obispos chilenos de ayuda para su lucha contra la "amenaza marxista".

El P. Vekemans instituyó diversos organismos sociales y





La CIA tiene compañía

AGENCIAS, PERSONAL Y PRESUPUESTOS APROXIMADOS (1)

Agencias	Personal	Presupuestos (en millones de dólares)
Agencia Central de Inteligencia	15.000	750
Agencia Nacional de Seguridad	20.000	1.000
Int. del Ejército	38.500	1.550
Int. Naval	10.000	2.800
Int. Aérea y Oficina Nacional de Reconocimiento	60.000	100
Coordinación de los servicios de Int. de todas las armas	5.000	8
"Investigación y pesquisas" del Departamento de Estado	350	

(1) Según estimaciones de William Proxmire, senador demócrata por Wisconsin.



culturales destinados a reforzar a los demócrta-cristianos, que constituían el centro del tablero político chileno. Algunos de estos organismos fueron abiertamente financiados por el gobierno de los EE.UU. Además, importantes apoyos provinieron de fuentes que se decían neutras, como la Fundación para el Desarrollo Internacional, pero después se supo que todos los fondos tuvieron como origen a la CIA. Mutchler pretende que Vekemans "parece haber sabido" que el dinero que recibía para una organización estudiantil le llegaba de la CIA.

Una vez en Colombia en 1970, después de la llegada de Salvador Allende a la Presidencia de la República de Chile, el P. Vekemans encontró rápidamente apoyo para un Centro de desarrollo e integración en América Latina y para una publicación, a la que denominó Tierra Nueva. Entonces se lanzó en un ataque masivo contra la "teología de la liberación".

Conozco personalmente al P. Vekemans y he seguido a través de los años sus publicaciones, tanto eruditas como populares. Es una persona muy dinámica, enérgica y completamente entregada a su trabajo. No me meto con sus intenciones ni con la abnegación evidente con que lleva a cabo su actividad. Pero su asociación con organizaciones sostenidas por la CIA tiende, a la luz de lo que conocemos hoy sobre las actividades ilegales de este organismo, a comprometer la credibilidad de una gran parte de la obra de la Iglesia en América Latina.

La CIA está comprometida -según López Oliva- con un "movimiento concertado" de organismos de seguridad de las fuerzas armadas sobre todo el continente latinoamericano con el fin de perseguir y obstaculizar a los cristianos "progresistas". Se supo esto, dice él, después de la divulgación de un reporte secreto de los servicios de información del ejército en Argentina.

Los "Sacerdotes para el Tercer Mundo" han sido el blanco de esa persecución en el país. La revista "Cristianismo y Revolución" fue suprimida, y su editor, una mujer, estuvo detenida durante meses y dejada libre como consecuencia de numerosas peticiones provenientes de grupos religiosos de los EE.UU. y de otros países.

En Colombia, 520 miembros del movimiento de los "Sacerdotes para la América" acusaron a la CIA de haberse infiltrado en el ejército de su país. Ese movimiento reclama la expulsión de todo el personal técnico y militar de los EE.UU. en Colombia y que se acabe con los programas de entrenamiento militar.

REACCION ESPECTACULAR EN EL PERU

La reacción más espectacular ha sido en el Perú. Este país expulsó a los 137 miembros de los Cuerpos de Paz que trabajaban en su territorio, acusados de llevar a cabo actividades sobre información con el objeto de derrocar al gobierno. La prensa peruana pidió encuestas sobre los misioneros, las fundaciones y otras organizaciones, a causa, decía, del carácter "marcadamente sospechoso" de su trabajo en el país.

En Perú mismo, Darryl Hunt, de la Compañía de los Padres de Maryknoll, director del servicio de información de Latinoamerica Press, me había informado de esas intenciones del gobierno de Lima, unos días antes del anuncio oficial. "Todo parece dar a entender -me escribía- que el gobierno va a anular los contratos con los Cuerpos de Paz y se prepara para tomar medidas contra ciertos grupos "religiosos", de los que sospecha especialmente de estar infiltrados por la CIA, y se refiere especialmente a los Testigos de Jehová y a los Mormones.

No sería de extrañar que otros países como el Perú, to-

men medidas para reducir la actividad misionera de norteamericanos en su territorio a causa de que estos podrían estar "implicados" en las tácticas sin escrúpulos de la CIA y en la ideología socioeconómica anti-humana que esta representa".

Una buena parte de la opinión latinoamericana que reaccionaba de esta manera, creía entonces en una estrecha cooperación entre el Departamento de Estado, el Pentágono, la CIA y los empresarios americanos, en la manipulación de gobiernos y pueblos.

En los EE.UU., en general creíamos que la CIA, actuando según las iniciativas de su propio director, no estaba sometida a los controles administrativos y legislativos. Pero las revelaciones han mostrado que la política exterior americana -incluyendo lo que se refiere a la CIA- está completamente coordinada por el Comité de los 40, bajo las órdenes del secretario de Estado y consejero del presidente, Henry Kissinger. Diferencias a nivel de tácticas no tienen otro resultado que el de asegurar una mayor elasticidad para llevar a cabo la estrategia establecida por ese comité.

SE GENERALIZA UNA HOSTILIDAD CONTRA EL "GRINGO"

Las revelaciones de las actividades de la CIA no podían dejar de producir sentimientos anti-americanos en toda Latinoamérica. En su forma actual, ese fenómeno, es necesario decirlo, es bastante reciente. Se ha convertido en una reacción psicológica que se siente en todos los ambientes políticos; médicos y maestros participan de ella con asistentes de zonas suburbanas y sacerdotes de zonas rurales.

El P. José Luis Alemán, jesuita, director de un instituto de acción social en Santo Domingo, confirma esta tendencia: "Ud. encontrará en mi instituto —me decía en 1972— jesuitas que realmente detestan a los norteamericanos. Muchos sacerdotes son ciegamente anti-americanos y preferirían mil veces el dominio de Rusia sobre la América Latina, que el de los EE.UU."

Jordan Bishop, mucho tiempo misionero en Bolivia y autor de muchos libros acerca de problemas religiosos en Latinoamérica, recientemente me daba este consejo: "Tenga cuidado en sus viajes. Un amigo mío que conoce bien la América Latina, opina que de aquí a unos diez años, todo gringo podría ser abatido en un buen número de países del continente".

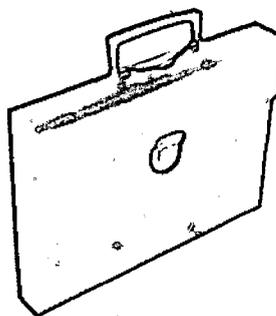
El mismo Jordan Bishop hacía notar que él encuentra menos prejuicios y resentimientos contra los gringos en Cuba, que en otras partes de América Latina. "Pero, es porque, explica, prácticamente es el único país donde ellos no representan un ejército de ocupación. Si ellos continúan jugando ese juego imperialista, deberán esperar una especie de guerrilla. Y entre más poderosos sean, más tomará esta guerrilla formas de actuación como secuestros y otros actos de terrorismo".

COMO UTILIZA LAS IGLESIAS LA CIA.

Se han podido leer en publicaciones, incluso aparecidas en Roma, acusaciones, según las cuales, la CIA y los intereses comerciales americanos subvencionan organizaciones y movimientos que apoyan una concepción de la religión sin relaciones con la realidad humana concreta y desinteresándose de los problemas sociales. Muchos de mis corresponsales me lo han comunicado. Citan a movimientos pentecostales católicos, la Cruzada familiar del Rosario, el Ejército Azul y el Opus Dei.

Estas acusaciones son tan difíciles de probar como de desmentir: pero el hecho de que muchas personas desconfíen en lo

"En último término, la Central Intelligence Agency es la fachada final de todo un complejo mecanismo de inteligencia que pasa por diferentes entidades, agrupando unos ciento setenta mil hombres y mujeres dedicados plenamente al espionaje, con un equipo adicional de 'eventuales' que posiblemente alcance una cifra tres veces mayor" (Cambio 16, 12-18 Enero de 1976).



No existe una política de la CIA distinta a la política del Departamento de Estado o a la política de la Casa Blanca...

No existen por un lado los dignos representantes electos de un país altamente democrático, plétóricos de ideales y de buena voluntad, y por el otro los sombríos agentes de información que arrastran por senderos poco gloriosos a un personal político eminentemente respetable. Un presidente revestido de la suprema autoridad, un venerable senador depositario de un mandato popular, un diplomático cortés y distinguido, en nada se parecen, es cierto, a los pilotos de los U-2, a los agentes que se infiltran detrás del telón de acero, a los especialistas que adiestran a los saboteadores o a los hombres de paja que se encargan de comprar complicidades, pero unos y otros contribuyen, cada uno en su lugar, a la elaboración y a la puesta en práctica de una misma política. Unos y otros persiguen, cada uno con sus propios medios, un solo y mismo objetivo. Para cada uno de ellos es cuestión de mantener, afirmar y consolidar los cimientos del país más poderoso del mundo, de extender su influencia más allá de sus fronteras, y de contrarrestar la acción de cualquier país comunista o no, que trate de oponerse a esta gestión o desaprobe sus medios y métodos. (JULIEN Claude: El Imperio Americano, Ediciones Grijalbo, S.A., Barcelona, 1969, pp. 381-2)

que se refiere al origen de ciertas actividades de primera importancia y que teman que esos programas estén influenciados por la intención de los donadores, plantea un problema a cada misionero que tenga necesidad de un apoyo financiero del exterior para sus actividades.

No es nada nuevo el hecho de una infiltración por parte del gobierno y del mundo de los negocios americanos por objetivos políticos en organizaciones eclesiásticas. Ya en 1969, David Mutchler había escrito en Social Research hechos concretos relacionados con América Latina.

Señalaba que, en esta época, la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) había establecido contratos con agencias eclesiásticas para contribuir a programas de planeación familiar, reforzar sindicatos "moderados" y asegurar la formación de los voluntarios de los Cuerpos de Paz. La U.S. Steel y otras grandes compañías americanas financiaban en parte a la Universidad Pro Deo en Roma, que buscaba, según Mutchler, inocular del progreso capitalista a eclesiásticos seleccionados cuidadosamente.

En lo que respecta al Instituto para el Desarrollo Humano, (entre cuyos directores estaban los presidentes de la Grace, la Standard Oil, la ITT y la Corning Glass), éste había manifestado interés por el P. Vekemans, propiciando la canalización de fondos provenientes de diversas organizaciones que no perseguían fines lucrativos en los EE.UU., a través de instituciones controladas por este religioso en Chile, y de otras semejantes de otras partes.

Eran pocos en 1969 los que se dieron cuenta de los peligros de una colaboración de esta naturaleza. Por el contrario, cuando la agencia religiosa era la mejor equipada para los servicios que se le pedían, y cuando era bien conocido el origen del financiamiento, la colaboración, tomando en cuenta los objetivos comunes, parecía totalmente lógica.

Sin embargo, hoy se sabe que ese financiamiento conocido no constituía sino la parte visible de ese iceberg, y que las actividades públicas estaban coordinadas con intrusiones secretas e ilegales en los asuntos internos de los países en cuestión. Así, se favorecían las agencias y los programas reaccionarios y se les negaba apoyo financiero a las organizaciones "progresistas".

Tanto los actuales misioneros como los antiguos con los que me he entrevistado recientemente deploran hoy la ingenuidad que les ha impedido ver los peligros de ese sistema. Por ejemplo, en el momento en que fuerzas especiales americanas buscaban al Che Guevara y a sus guerrilleros en las montañas de Bolivia, un misionero que trabajaba en ese país y que había sido buscado por un oficial de información de la embajada de los Estados Unidos en la Paz para que colaborara, me confesó:

"La maniobra consistía en halagar al interrogado para hacerle decir lo que sabía sobre el sitio y las personas, o sea, tomarlo muy en serio, puesto que nadie conocía bien la región. En esa época, la mayor parte de los misioneros eran muy cancheros y el asunto funcionaba. No sabría decir hasta qué punto me juzgaron útil, pero recuerdo que hablé abundantemente rodeado de botellas de cerveza, agradablemente sorprendido por las atenciones de que era objeto. Sólo posteriormente comprendí que me estaban interrogando".

LAS AMBIGÜEDADES DE LA GRAN CRUZADA LATINA.

Prácticamente todas las personas que han estado relacionadas con las misiones cristianas con las que he establecido contacto creen que la CIA buscó el utilizar a los misioneros en esta forma y por otros medios semejantes, para poder ejercer influencia sobre los asuntos internos de los países latinoamericanos.

Tom Quigley participa de esta opinión. "En parte, el problema viene del hecho, dice, que la Gran Cruzada Latina, lanzada por los años 50 y 60 por las Iglesias, caminaba a la par, por así decirlo, con la confianza que se tenía en la Alianza para el Progreso (del Presidente Kennedy) y los programas que se originaron en las administraciones precedentes de Truman y Eisenhower. Los objetivos declarados eran la promoción del desarrollo y contener al comunismo, y pocos fueron los que percibieron las ambigüedades de esta combinación.

Sólo después se comprendió que el desarrollo, tal como se había practicado, no había beneficiado sino a los ricos a costa de los pobres, y que contener al comunismo significaba, la mayor parte del tiempo, el mantener un statu quo injusto y anticristiano".

LA CIA HALAGA A LOS "LIBERALES".

"Eso se percibe hoy. Pero, en aquel entonces, los misioneros en general y particularmente quizá los vanguardistas en el plan social experimentaban mayor afinidad con el personal de la embajada o del consulado americano local, que con sus compañeros de misión que no eran americanos o aun con los que no pertenecían a la misma congregación.

La CIA buscaba especialmente el contacto con esos liberales, enviados entonces en buen número a América Latina por las iglesias americanas. Se trataba principalmente de misioneros de las grandes iglesias protestantes y de comunidades católicas, como las de Maryknoll y la Compañía de Jesús. Los fundamentalistas o tradicionalistas que se ocupaban, sobre todo, de la administración de los sacramentos eran de poca utilidad para un agente que vigilaba un conflicto sindical o las tentativas de organización o campesina".

Por otra parte, añade Quigley, conocí a muchos sacerdotes que trabajaban en programas de progreso económico y social, que tenían relaciones estrechas con el agregado americano del trabajo —una de las coberturas preferidas de la CIA— o con personas de la misión AID (Agencia para el Desarrollo Internacional).

Un Padre de Maryknoll que trabajaba en el Perú me decía que, para cualquiera de la embajada, no había cosa más normal que obtener del misionero de regiones recónditas, al narrar algún hecho insólito, determinados signos de "organización comunista" en el altiplano (la región montañosa)".

Jordan Bishop ha añadido algo más. En su opinión, los agentes de la CIA están en todas partes y disimulados bajo cualquier cobertura, pero duda que puedan contar con la acción de muchos misioneros. "La ingenuidad que hacía tan valioso su trabajo para el establecimiento del imperialismo excluye, por sí misma, que ellos tomen verdaderos riesgos. Trabajan en la empresa americana simplemente siendo lo que son". Subvencionarlos será tan inútil y sin objeto, precisa, como derramar un tarro de vino a un miembro del Partido republicano para llevarlo a hacer el juego del "gran negocio".

SE HA METIDO LA DUDA.

Además, J. Bishop hace notar que habría que contar con un "detector especial para separar lo verdadero de lo falso", cuando se efectúa una encuesta en la penumbra de un agente secreto. "Bastantes personas me hablaban de sus sospechas acerca de que un tal Gary MacEoin fuera miembro de la CIA. Yo mismo he sido acusado de ser uno de ellos. Por el contrario, cuando descubrí que una persona trabajaba para la CIA, esta dijo a su secretaria que yo era uno de los principales agentes comunistas en la región donde yo trabajaba.

Si esta persona ha hecho este tipo de acusaciones, debe haber un reporte de ellas, y esto podría explicar todos los odio-

...sos interrogatorios, todas las molestias que han sufrido en los EE.UU. mis familiares y amigos”.

Sin embargo, en general he constatado que personas verdaderamente cualificadas están de acuerdo en estimar que, después de las revelaciones hechas sobre las actividades ilegales de la CIA en Latinoamérica, los misioneros americanos que trabajan en esta parte del mundo tendrán que afrontar nuevos desafíos en cuanto a su credibilidad. Que la CIA haya intentado o no infiltrarse en los grupos misioneros y en sus actividades, que lo haya logrado o no, se ha metido la duda.

¿QUE PUEDEN HACER LOS MISIONEROS?

¿Qué hacer a este respecto? Algunos de mis informadores responden: cualquier cosa que se pudiera hacer, ¿para qué hacerlo? Desde su punto de vista, no es sano que los misioneros americanos se vean obligados a preguntarse en qué medida han sido cómplices conscientes o no en actividades perjudiciales a Latinoamérica.

Darryl Hunt, de la Compañía de Maryknoll, se expresa de la misma manera. “El hecho de que los misioneros americanos estén bajo sospecha no me repugna. Pienso que existe razón en muchos casos: han ayudado —aunque fuera en forma indirecta— a ese tipo de intervenciones de los EE.UU.

Quizá hace ya mucho tiempo que se hubiera podido examinar de más cerca todo lo que podrían implicar las actividades de los misioneros en el extranjero. Por eso, no veo con claridad qué otra cosa podríamos hacer, sino un serio examen de conciencia y comprometernos desde ahora en adelante a no cometer esa clase de pecado”.

Para el jesuita José Luis Aleman, no se debería aceptar ya más la ayuda financiera para los programas de la Iglesia, sin tener la prueba de que esa ayuda no proviene de organismos que violan la ley. “Pero temo, añade, que eso no sea fácil, sobre todo para nosotros en América Latina, porque ese tipo de enlace están muy bien disfrazados”.

Para ver con claridad, será necesario que los mismos misioneros recopilen informaciones y, especialmente, coleccionen incidentes —ciertos o dudosos— en los que ellos mismos o sus compañeros hayan sido objeto de contactos por parte de la CIA, y que los estudien científicamente.

Charles Curry, de la Compañía de Maryknoll también, que había discutido esto con John Marks (co-autor, con Víctor Marchetti, del libro *La CIA y el culto de la información*) tiene esta opinión, al igual que Tom Quigley: “Tenemos necesidad —dice Curry— de una metodología más sistemática. Esta podría nacer de la reflexión de los misioneros mismos sobre su experiencia de la forma como procede la CIA”. En cuanto a John Marks, él ha establecido las bases de un estudio de ese tipo, en un artículo publicado en noviembre de 1974 por el *Washington Monthly*, con el título: “Cómo descubrir un fantasma”.

Tom Quigley propone, además, “un rito comunitario de penitencia, en el que los misioneros confiesen su vergüenza de haber sido utilizados, conscientemente o no, por los agentes de la CIA, y pedir públicamente perdón a los pueblos oprimidos, aprisionados o asesinados, de Chile, Guatemala, Bolivia, etc.”. Le gustaría mucho ver también que los organismos de las misiones editaran un “código moral específico, y que fueran invitados todos los misioneros a inscribirse en él”.

LOS MISIONEROS DEBERIAN INFORMAR A LA OPINION PUBLICA'

Por otra parte, muchos de mis informadores deploran el hecho que los misioneros no proporcionen informes más com-



pletos al público americano sobre las consecuencias desastrosas de ciertos métodos de su gobierno en los países donde ellos trabajan. Porque una de las principales razones de la falta de reacción del público americano ante las revelaciones de las actividades ilícitas de la CIA en el extranjero es que justamente ese público no ha sido informado acerca de la política exterior de su país.

Algunos misioneros han intentado llenar ese vacío después de las declaraciones de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín (Colombia), en 1968, y las del Consejo de religiosas de América Latina, que subrayaban que los misioneros tienen el deber de dar a conocer a los países que los envían cómo perciben ellos las realidades políticas y sociales de los países donde trabajan, sobre todo si esas realidades pueden ser influenciadas por los primeros. “Es lo que algunos de nosotros han hecho en Chile” dijo un miembro de la Congregación de los Padres de la Santa Cruz, Robert Pelton.

Sin embargo, aun cuando tales informaciones hayan sido proporcionadas, es preciso reconocer que raramente han llegado al público al que se les destinaba. Esos programas de información a la opinión pública americana deberían ser considerablemente desarrollados, declaraba, hace ya tres años, el P. José Luis Alemán en una Carta Abierta a sus hermanos jesuitas de los EE.UU.: “Uds. tienen en esto —precisaba— una grande ocasión de realizar, en su misma casa, cosas por los latinoamericanos, que ellos mismos no pueden hacer”.

Casi en los mismos términos se expresaba, hace dos años, el Capítulo General de Maryknoll. Este pedía a sus misioneros que consagraran una parte importante de su actividad a informar y educar al pueblo de su propio país acerca de las situaciones de las misiones, porque “estas son un aspecto de los problemas de justicia y de paz internacional”. Y que consideraran este trabajo como parte integrante de su papel como misioneros.

Más recientemente, en Hong Kong, 17 Padres de Maryknoll, profundamente perturbados por las revelaciones acerca de las actividades de la CIA, renovaron un llamado ya antiguo a su Compañía: dar prioridad a la educación misionera del público de los mismos EE.UU. Finalmente, si las “sucias trampas” de la CIA han logrado ese resultado, providencialmente estas se han vuelto, con peores resultados, contra la misma CIA.

De: Informations, Catholiques Internationales, No. 477, 1 abril de 1975, pp. 10-18.

(Traducción de la Revista CONTACTO, Agosto 1975).